

apartes... ¿Tan indecente era su traje? ¡ah! sí, ¡qué vergüenza! no era de seda, ni llevaba perifollos, ni lo adornaba el oro; también se había puesto otra cara: en el apuro de bajar aquella escalera tan larga, como entre muchos sombreros se coge el ajeno, salió con su cara propia, olvidando la artificial de su uso diario. ¡Qué vergüenza! ¡oh abominación! Aturdida, desesperada, Flora se arrojó nuevamente al agua y se hundió, se hundía cada vez más, y mientras, manoteando, vislumbraba ¡al fin! la verde gruta de su último sueño, escuchaba aún allá arriba, en la atmósfera social, de la que huía, la voz formidable:

—Eva rebelde, ¡castigada seas!

X

Batistone, el bañero italiano, retiradas ya las casetas buen espacio, con ayuda del manso caballejo, fuera del alcance de la marea, que subía, subía con bramidos ensordecedores; puestas en línea de batalla todas, y hundidas sus ruedas en la arena, cimentos frágiles, pero suficientes para su seguridad, sacó su pipa, la yesca, y al primer golpe hizo brotar la chispa del pedernal... Entre la neblina, espesa como blanca humareda, con sus pantalones y su chaquetón de tela impermeable amarilla, cubierta su cabeza por el apabullado sombrero de ala caída hacia atrás y estrecho borde delantero, remedo de casco que para guerrear con la tempestad gasta el marino, parecía Ba-

tistone no sé qué extraño cetáceo que en la orilla se moviera.

Encendida la pipa, sentóse tranquilamente en la playa, arrimadas las espaldas á la última caseta, y así, bien resguardado del viento, esperó, chupa que chupa, á ver quién erà el guapo que aquella mañana bajaba á tomar el baño.

¡Al *diavolo* las señoritas peripuestas y los lindos presumidos! ni pantorrillas desvergonzadas, ni ojos concupiscentes atrevíanse con el temporal á dejar el abrigo de sus habitaciones. La playa, barrida por las olas, no mostraría su dorada alfombra hollada por zapatitos y zapatos, rubios ó morenos, en descarada complicidad; nada más que el espumoso rebramar del agua agitadísima delante de las casetas, cerradas y mudas como tumbas. Y Batistone sonreía, enviando bocanadas de humo y señas expresivas á la criolla Martina, la conocida Martineta de sus antojos, como él acurrucada y á la espera de la clientela, no tan lejos ni tan ciega que no pudiera contes-

tarle con voz aguda que dominaba el rumor del oleaje:

—Aguarda, Batista, que sentado no has de cansarte.

¡Perra, ingrata, irreductible Martineta! despegaba la pipa de los labios y la amenazaba con ella, riendo á borbotones. Acá y allí, otros bañeros se espatarraban ó canturriaban, ó inmóviles como esfinges miraban subir la marea, los que también habían puesto á buen recaudo sus listados armatostes, mientras el caballejo de Batista prestaba mansamente sus servicios de uno en otro, alejándose cada vez más entre latigazos y juramentos.

A la pipa amenazadora y á las risas de su vecino, la criolla Martineta contestó con dicharachos de hembra de monte, arriscada y selvática:— ¡Sí, para ti estaba, gringazo patojo!

Y de pronto, tal como la araña en su tela, vieron un punto negro en la neblina agitarse del lado del *Manchester*, agrandarse poco á poco y cobrar las formas de una

mujer que hacia ellos venía y de la que no se distinguía la cara, envuelta de pies á cabeza en un abrigo de estos ingleses, con capuchón y todo. Venía muy de prisa, á pesar de que la arena dificultaba sus pasos, y con ser presurosa su marcha, parecía irresoluta, pues ya se acercaba á la orilla tanto, tanto, que se mojaba los pies, acaso complaciéndose en el inocente juego de retar á las olas y esquivarlas, ya se apartaba y más rápida continuaba su camino. Batistone se enderezó con curiosidad. ¡Al *diavolo* la señorita valiente! ¿vendría á bañarse? ¡qué humor más raro y qué calor sofocante! Volvióse á la Martina, expresando su pensamiento con un gesto:

—Te la recomiendo, que es de tu parroquia.

Y pasó la encapuchada delante de él, marcando sobre la playa la menuda huella de sus zapatitos, ora buscando el arrimo de las casetas, ya aproximándose al mar tan temerariamente que le pisaba las melenas, voluntad sin brújula, impulsada por la ca-

lentura. Curiosa como Batistone, la seguía Martina con la vista, y una de las veces que la del capuchón remojaba sus bajos más de lo regular pudo reconocerla y la gritó:

—¡Niña Flora! ¡niña Florita!

Parada bruscamente, Flora ladeó la cabeza dudando si atendería aquella voz conocida, ó no. ¿Deliraba aún? ¿estaba despierta? ¿por qué y cómo, escapando á la vigilancia de sus padres, encontrábase allí? ¿era aquella voz la misma que toda la noche había martilleado en sus oídos promesas y consejos desesperados?

Corrió hacia ella Martina y la ofreció sus masculinos brazos. ¿Qué deseaba la niña Flora? ¿bañarse? Aunque la mañana estaba demasiado fresquita, si deseaba tomar su baño cotidiano poníase á sus órdenes, como siempre, para servirla. Flora la miraba atentamente... No; aquella mujerona atezada, con sombrero de paja y barbijo azul, de falda arremangada sobre las rodillas, descubiertas las redondas pantorras y desnu-

dos los pies de ancha base y colorado jua-
nete, no era su perseguidor, no era el fan-
tasma de cristal... ¡Ah! sí, era Martina, la
bañera Martina, cuyos rigores con Batisto-
ne tanto las hacían reír.

—Sí, Martina— contestó suspirando, —
quiero bañarme.

Andando, pues, á la caseta, que allí te-
nía la niña su traje, y á fe que no necesita-
ba gastar tiempo en componerse, porque
como no había mirones... Entretanto, la
traería el cubo con agua y cuanto fuera
menester. La acompañó hasta la caseta, la
ayudó á subir y cerró la puerta; ligera-
mente bajó en seguida á la orilla y llenó un
cubo del salobre líquido, que trajo con tanta
agilidad como si fuera un dedal; lo depositó
á su lado y se sentó en la arena, obsequian-
do á Batistone, cuya pesadez la era insufri-
ble y no la dejaba en paz, con gesto chaba-
cano que, aun de lejos, parecía harto expre-
sivo.

Cuenta Martina que transcurrió mucho
tiempo, bastante más del necesario para el

cambio de vestido, sin que saliera la señori-
ta de Soto; y como no escuchaba ella ruido
que con tal operación se relacionara ni nin-
gún otro dentro de la caseta, *pam, pam*, se
atrevió á llamar en la puerta; no la respon-
dió nadie; abrió, y halló á Flora sentada
en el banco, sin pensar en desnudarse, sino
sabe Dios en qué cosas, porque, recostada
la cabeza, lloraba con tan grande flujo de
lágrimas que daba compasión.

—Sí, Martina — insistió, — quiero ba-
ñarme.

Pensó la criolla que su parroquiana no
andaba bien de tornillos ó algo la ocurría
muy grave, mal de celos, sin duda, amores
playeros, que son los de mayor peligro y
peores consecuencias; pero como esto nada
la importara, la ayudó á cambiarse de traje
y se asustó de verla tan esmirriada y en los
puros huesos... ¡Jesús, y lo que son por den-
tro estas señoritas! ¡y quién las mira luego
en la playa tan distintas, con los postizos
de arriba y los de abajo!

No se cuidó la acongojada Florita de po-

nérselos, ni los tenía á mano tampoco aunque quisiera; y vestida ya con el pantalón y la blusa de lana azul, calzados los zapatos de lona y embutido el gorro de hule, la echó Martina sobre los hombros la larga capa, dirigiéndose ambas hacia el sitio en que las cuerdas tendidas sobre el agua ofrecían seguro de todo riesgo; reo que llevan á ajusticiar, Flora se apoyaba lánguida en el brazo de la bañera, andando tan lentamente como si arrastrara grillos, los ojos fijos en el monstruo que la esperaba rugiendo. Y Martina la exhortaba á su modo, bruscamente, con aspereza campesina: ¡vaya con la muy floja de la niña Flora! ¡asustarse de las cabriolas del mar y temblar así! ¡buena gata estaba! nunca lo había hecho... Ya, ya; ¿á que era porque aquellos señores de los gemelos no se mostraban en sus garitas, cual santos de palo en sus nichos?

Miró Flora al lugar predilecto de los espectadores matutinos, y vió tumbadas las garitas por el vendaval, la de *él* de bruces y empapada; la conocía por los pabellones de

cutí listado rojo y blanco que la decoraban alegremente. Imaginó que era aquél el símbolo de su derrota, su último sueño deshecho por la realidad; apartó los ojos, y con mayor temblor, de frío ó de emoción, dijo á Martina:

—Vamos, vamos.

—Vamos—repitió la criolla,—al agua, patos, y cuidado con soltarse de mí ó de la cuerda. El mar no está para bromas.

Entraron las dos decididamente en el agua, y la impresión hizo chillar á Flora y reír á Martina. Pero muy pronto Flora se calló, lívida, los labios morados, con castañeteo de dientes intolerable; siguiendo la dirección de la cuerda avanzaban despacio, cogida Flora con una mano de la cuerda y con la otra de Martina, mientras el agua iba cubriéndolas y las olas pretendían rechazarlas iracundas, las que salvaban saltando diestramente, Flora con menos firmeza, temblorosa y vacilante. Y avanzando siguieron, hasta que el agua las llegó á la cintura; entonces se plantó Martina y quiso

que la señorita se plantara también: no más, que ahondaba ya demasiado y se exponían á un percance.

Pero Flora dijo que no; soltó la mano de la bañera, y sin soltarse de la cuerda continuó su avance; ya no sentía frío, ya no la inspiraba miedo el monstruo, que abría cariñoso sus senos para recibirla, y avanzaba, avanzaba, sin esquivar el furioso abrazo de las olas, tranquila, muda.

—Cuidado—gritaba Martina,—no se suelte usted... No más... Ya basta.

Y Flora seguía avanzando. No escuchaba á Martina, escuchaba la voz del mar, el ronco balbuceo:

—Ven, ¡yo solo!

Hacia él iba, tranquila, muda, á él se entregaba resignada. Acabóse la cuerda y Flora se detuvo maquinalmente, volviéndose recelosa: sobre la gasa de la niebla el busto de Martina se esfumaba, borrajada figura sobre el papel; de la playa no se distinguía objeto, manchas informes de contornos fugitivos; el pueblo había desapare-

cido, oculto tras aquel telón impalpable, y sólo el *Manchester-Hotel*, por lo cercano, dibujaba su mole de sombras, alcázar de vanidad. Arriba, ni cielo, ni esperanza, ni nada; la masa grisácea opresora. Oyéronse graznidos de gaviotas, comadres que se zarranean del moño por una piltrafa, y un bañero entonó en italiano una barcarola, cortada en retazos por carcajadas.

Asida del cabo de la cuerda, que la sostenía sobre el abismo y la ligaba á la vida, Flora podía apenas defenderse de los embates del mar: las olas la envolvían, la empujaban, la golpeaban, y ella, como boya viviente, se aferraba á aquel nudo de cáñamo, con crispadura dolorosa de los dedos.

Pasaban unas, deshechas, y otras llegaron más violentas, y más violentas otras todavía la cubrieron, ensordeciéndola y cegándola; acostáronla otras más impetuosas sobre el líquido regazo, y al fin, el dolor, la fuerza ó la voluntad ¡misterio impenetrable! la arrancó de la mano el cabo salvador, sumergiéndola súbitamente...

Al mismo tiempo gritaba Martina:

—No más... Cuidado. Vuelva usted.

Y como no la viera ya sobre la plomiza superficie, lanzó un alarido:

—¡Batista, Batista!

Moviéronse las sombras de la playa, y en tropel se precipitaron á la orilla; la voz de Martina, como campana de alarma, las guiaba al lugar del siniestro, y dos y tres y cuatro se lanzaron al agua, nadando hacia todos lados, aturdidos, Batistone el primero, que interrogaba á Martina con un ¡sacramento! entre los dientes, la cabeza de foca sacudida por el violentísimo resoplar.

—¡Allí, Batista, allí!—señalaba desesperada Martina.

Y allá fué el bañero, con pernadas furiosas, más allá, mucho más allá. Y mientras los otros rastreaban por diversos lados, y gemía Martina, y graznaban las gaviotas, distinguió Batistone un punto negro que sobre la superficie del agua aparecía y desaparecía de nuevo, y allá fué, más allá,

mucho más allá, donde el punto negro reaparecía, y con él dos brazos, dos manos que se agitaban angustiosas, hundiéndose de golpe para asomar una última vez allá, más allá, mucho más allá. Logró acercarse Batistone tanto entonces, que alargó la suya triunfalmente en son de apoderarse de aquellas que demandaban auxilio; pero algo extraño burló sus nobles intenciones; los ojos de la que se ahogaba le descubrieron y se dilataron con terror, fijos en él un segundo: era el hombre, *el hombre*, sin el cual no podía vivir, y al cual no quería deber la vida. Y en su rebeldía suprema, sumergióse, desapareció para siempre, y ni rastros quedaron ya de la que iba en busca de la verde gruta, donde la darían guardia eterna heraldos con dalmáticas de pedrería.

.....

 Pues señor, excusó decir que el horrible suceso (contado aquí á la pata la llana, sin románticos caireles) soliviantó á Marplatina entera, á la República toda, y el eco do-

lorido llegó hasta los dinteles de los atribuladísimos señores de Soto. La prensa lloró lágrimas de tinta, y muy legítimas los amigos, los conocidos, cuantos supieron apreciar las dotes de la Sotita infortunada. Notorio fué, por ejemplo, que las cuatro Asnabales se recluyeron en sus habitaciones durante ocho días, en señal de duelo, y Ernestina, más sensible que las otras, sufrió paroxismos tan grandes como los que exponían la vida de misia Loreto á cada rato; notorio fué que D. Gabino, lo mismo en el comedor del *Manchester* que en la Rambla, soltó más interrogantes y mugidos que de costumbre; que á la de Schlingen no se la vió en algún tiempo ni á pie ni en coche, permaneciendo *La Walkyria* cerrada á piedra y lodo y á obscuras, y que muchas fiestas se aplazaron y algunas quedaron en proyecto *per in sæcula*. De D. Valentín... ¿cómo expresar la pena de D. Valentín? no tocó una carta en tres días y cayó en mutismo y tristeza grandísimos, al punto de que, siendo el acontecimiento propio para bordar

las más bonitas mentiras, no encontró una, ni media.

En cuanto á los jóvenes... Los jóvenes discutieron. Porque el hecho representaba un problema difícil: ¿tratábase de un accidente ó de un suicidio? ¿lo que hundió en los abismos aquella angélica Sotita, fué un calambre repentino, un mareo inevitable, una causa física y vulgarísima, ó la voluntad quebrantada, la esperanza marchita, la desesperación que como piedra á los pies la había arrastrado á la muerte, y así su cuerpo no lo devolvía el mar, egoísta? D. Navigio y misia Loreto, en primer término, escarbando razones que la aflicción no permitía examinar bien, y muchos, afirmaban lo del accidente. Accidentes así ocurren todos los días y en todas las playas. Pero las declaraciones de Martina y de Batista, sobre todo la de Batista, el evidente rechazo de su auxilio, aquella mirada y aquel movimiento con que impidió la intervención salvadora, para muchos también revelaban el deliberado propósito de matarse.

Y si no, ¿á qué el pretexto del baño en ocasión tan inoportuna, sola y con reserva? ¿Y no era síntoma ó indicio precursor su extraña actitud de la víspera, de desequilibrada completa?

Ahora bien: si fué suicidio, ¿por qué el suicidio? Cavilación general, dudas de muchos, afirmaciones aventuradas... Rómulo y Gabinito se esponjaban como pavos. Cada cual, allá muy escondida, abrigaba la idea de que Flora había muerto por sus pedacitos, idea lógica que se apoyaba en base tan firme como ésta: para Rómulo, en que el hecho se produjo á los pocos días de la proclamación oficial de su boda con Ernestina; para Gabino, en que el hecho se produjo á las pocas horas del desahucio estampado en la misma cara del padre. Y los dos, convenidos, sin confesarlo el uno al otro, carraspeaban, acariciando sus bigotes borgoñones Rómulo con mayor énfasis, como que de tales estragos eran capaces. Hasta Eli-seíto lo pensó, ¡miren ustedes!, y por cuenta propia, relacionando el suceso con fingi-

dos desvíos suyos en la noche del último baile.

Supuestos, decires, desatinos é invenciones corrieron á granel, y al cabo con la partida de los afligidos señores de Soto, perdida ya la esperanza de encontrar el cuerpo de la hija desventurada, se apaciguó el cotarro, y no eran pasados quince días cuando ya pocos se acordaban de Flora y de su nombre. Ocupábanse de marchar también, porque la estación, muy adelantada, lo aconsejaba sin mayores trámites, siendo los primeros en seguir á los de Soto la familia de Asnabal; á ésta, naturalmente, Rómulo; y á Rómulo, por motivos también conocidos, D. Valentín.

¡Ay! cuando D. Valentín se dispuso á marchar, por la fuerza, é hizo examen de conciencia y de bolsillo, el desánimo le postro sobre su maletín buen rato, allá en el mechinal de las alturas, entretejidos los dedos en las patillitas, los codos sobre las rodillas. ¡Valiente temporada! ¡suerte maldita! con los cuatro centavos que le quedaban del

alza y baja de los naipes no tenía bastante para pagar la gusanera de saldos y picos, pequeñas cuentas y cuentas grandes que en la ciudad le esperaban hambrientos, ni para dar una taza de caldo á Teles... ni para tomar el billete de vuelta. ¡Oh, Teles! ¡dulce sacrificada! ¿qué sería de ella, que todo lo aguardaba de su señor olvidadizo y cruel? ¿viviría Teles?

Suspiraba tristemente D. Valentín. Pensaba en que la víspera era dueño legítimo de tres billetes de doscientos pesos, ¡de tres! los cuales, ¡palabra de honor!, destinaba á vestir á Teles y á su casa, muy necesitada de abrigo ahora que el invierno se echaba encima, y á proporcionar á Teles alimento, ella, la bondadosísima, la mansa, la santa, sometida al ayuno, mientras él en el *Manchester* reventaba de hartío. Sí, muy seriamente, para tan excelente obra guardaba D. Valentín los tres billetes, ¡tres!... Pero, no sabía cómo, si fué él por su voluntad ó le arrastró Eliseo á la sala del crimen... Y ¡claro! volaron los tres, tan guapamente.

No se lo perdonaba. Jamás había hecho tontería igual, la de jugar la víspera de la partida estando bien armado.

— ¡Ah! ¡Casuso estúpido — decía tiro-
neando una y otra patilla, — tenías seiscientos pesos en la mano, en el bolsillo, tuyos como tus dedos y tus narices, y vas á jugarlos y los pierdes! ¡bárbaro! ¿cuándo has caído en eso? ¿no has vuelto de cada temporada con tu poco ó tu mucho, pero siempre con algo? y de ésta, ¿qué llevas?... ¡A que me echo al agua como la pobre Sotita y me ahogo y no me dejo ver más de ojos humanos!... No hay otro remedio que acudir al doctor Pares... Y cuando el sobretodo de pieles venga á mis manos, que ha de ser en seguida, no será para lucirlo en la Ópera, no señor, sino para llevárselo al prendero. ¡Esta es la más negra! cuando Casuso empuña la ropa, mal anda, digo, ¡y qué mal! ¡y qué temporada! ¡y qué suerte! y así entrara por esa puerta el hombre negro y acabara conmigo... para eso, para acabar, pues tal me veo, que no sé cómo saldré de

aquí, ni de qué viviré este invierno, cigarrón imprevisor y vanidoso!

Resumen de sus cavilaciones y amarguras fué el que se decidiese á dar el más traidor sablazo á Rómulo, siempre con aquella finura suya que, más que pedir, dijérase iba á ofrecer algo; y con lo que éste le dió, no mucho, pudo salir de Marplatina tan orondo como un capitalista que se aburre, despidiéndose de todos hasta el año próximo y de todos despedido con pesar, pues con él se iba la nota alegre, el más regocijado elemento del balneario, el Casusito de la guitarra llorona, de las excursiones y de las gacetillas. Hasta el chinesco Pepe no le quiso dejar sino en la estación, recibiendo en premio la propina más generosa de cuantas recibió en aquella y en otras temporadas.

¡Oh magnánimo é inclito Casuso! ¿á qué contar lo verboso y satisfecho que se mostró en el viaje, y para qué indicar su desmadejada actitud al recostarse en el fondo del coche alquilón de dos caballos, que á

fementido galope por las calles bonaerenses le llevaba? ¡ay, no entraba como triunfador D. Valentín en la gran ciudad! derrotado de Marplatina, daba sentido adiós á la buena mesa, á la buena cama, á la buena vida... ¿por cuánto tiempo? dios de la molicie, patrono de los sibaritas, abogado del estómago, ¡ojalá fuera breve y tu cólera pasajera!

Vivía D. Valentín... No, no señalaré la calle por no dar gusto á sus acreedores, que si él la reserva, ¿quién me mete á mí á descubrirlo? Baste decir que llegó á su casa aquella mañana de fines de Marzo, con tanto disgusto como placer sentía al abandonarla, cuando la ciudad se achicharraba sobre las parrillas del estío, dejando sin remordimiento á Teles en el patio, la dulce y resignada Teles, que le despedía:

—¡Vaya usted con Dios, señor!

Disgustado, pues, y alicaído, entró por las mezquinas puertas de su ignorada covacha, y aunque llamó en el zaguán para que Teles se encargara de la maleta y de la